

UNA CULTURA DE PAZ

Vicenç Fisas

(capítulo XI del libro "Cultura de paz y gestión de conflictos", Icaria/UNESCO, Barcelona, 1998)

Cuando hace ya más de medio siglo se formó la UNESCO, y en su preámbulo fundacional se señalaba que "si las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz", sus fundadores aceptaban el reto y lanzaban al mundo el mensaje de que si los humanos hemos sido capaces de inventar una práctica tan brutal como la guerra, hemos de ser igualmente capaces de inventar la paz, de construirla, fortalecerla y universalizarla.

Hemos convenido también que la paz es algo más que la ausencia de guerra, y tiene que ver con la superación, reducción o evitación de todo tipo de violencias, y con nuestra capacidad y habilidad para transformar los conflictos, para que en vez de tener una expresión violenta y destructiva, las situaciones de conflicto puedan ser oportunidades creativas, de encuentro, comunicación, cambio, adaptación e intercambio. Este nuevo enfoque es el que persigue la "cultura de paz", o "cultura para la paz", si la entendemos como un proceso que, en primera instancia, habrá de transformar la actual "cultura de la violencia". Veamos, por tanto, cuales son los elementos que determinan esta cultura de la violencia, para luego analizar las grandes tareas que incumbirán al proceso forjador de una cultura de paz.

La cultura de la violencia

Con diferentes manifestaciones según épocas históricas y contextos geográficos, **las culturas de la violencia han sido forjadas desde tiempos muy lejanos**. La historia y la antropología nos muestra que la violencia institucionalizada empezó con la revolución agrícola, hace unos 7.000 años, y que con la revolución industrial, hace unos dos siglos, adquirió nuevos elementos, institucionales y tecnológicos, que la dotaron de unos medios de destrucción antes inimaginables.¹

Como ha señalado Lipovetsky², en tiempos remotos esta violencia, que denomina primitiva o salvaje, tenía una lógica social y en parte estaba regulada en función de dos códigos estrictamente corolarios: el honor y la venganza, resultantes de la subordinación del interés personal al interés del grupo. Se guerreaba por prestigio, para adquirir gloria y fama, por venganza. Más tarde, con el advenimiento del Estado, la guerra se convierte en un medio de conquista, de expansión o de captura, y es el Estado quien se apropia de la guerra, la glorifica y la convierte en un derecho, creando instituciones especializadas para prepararla y llevarla a cabo. La violencia deja de tener aquel sentido social y de ser el medio de afirmación y reconocimiento del individuo; la vida y la individualidad se convierte en valores supremos y el Estado es el encargado definitivo de velar por nuestra seguridad. Pero este aparente proceso de civilización es también al precio de legitimar estructuras profundamente violentas y comportamientos individualistas, narcisistas e insolidarios, poco sensibles al dolor ajeno y a las necesidades de los demás. Quizá el **fortalecimiento de la sociedad civil**, de un tejido social responsable, pueda cambiar esta situación, y lleve razón el Director General de la UNESCO cuando afirma que "pasar de la guerra a la paz significa la transición de una sociedad dominada por el Estado, único garante de la seguridad en un mundo peligroso, a una sociedad civil, en la cual las personas trabajan, crean y desarrollan la urdimbre de su existencia en comunidades liberadas de los temores inherentes a una cultura bélica".³

¹ GENOVÉS, Santiago, "Social and cultural sources of violence", en *From a culture of violence to a culture of peace*, UNESCO, 1996, p.95

² LIPOVETSKY, Gilles, *La era del vacío*, Anagrama, 1986, pp. 174-219.

³ MAYOR ZARAGOZA, Federico, *La nueva página*, UNESCO/Círculo de Lectores, 1994, p. 16

La cultura de la violencia es "cultura" en la medida en que a lo largo del tiempo ha sido interiorizada e incluso sacralizada por amplios sectores de muchas sociedades, a través de mitos, simbolismos, políticas, comportamientos e instituciones, y a pesar de haber causado dolor, sufrimiento y muerte a millones de seres. Cambiarla no será empresa fácil, y nos llevará varias generaciones. De ahí que la UNESCO insista en la importancia de revisar los libros de texto, para eliminar todo estereotipo negativo, y en reformar la enseñanza de la historia de tal manera que el cambio social no violento cobre tanto protagonismo como los episodios militares, prestando atención, además, al papel de las mujeres. Pero esa lentitud de cualquier cambio cultural no resta ni un ápice la urgencia de finalizar con lo que ha sido norma durante siglos, y planteemos una estrategia para un cambio de rumbo en la Historia.

En su expresión actual, algunos de los fundamentos esenciales de esta cultura de la violencia son los siguientes:

- el patriarcado y la mística de la masculinidad
- la búsqueda del liderazgo, el poder y el dominio
- la incapacidad para resolver pacíficamente los conflictos
- el economicismo generador de desintegración social⁴ y su principio de competitividad
- el militarismo y el monopolio de la violencia por parte de los Estados
- los intereses de las grandes potencias
- las interpretaciones religiosas, que permiten matar a otras personas
- las ideologías exclusivistas
- el etnocentrismo y la ignorancia cultural
- la deshumanización (la consideración de otros seres humanos como "objetos")
- el mantenimiento de estructuras que perpetúan la injusticia y la falta de oportunidades y de participación

El patriarcado y la mística de la masculinidad

Cuando hablamos de paz o analizamos situaciones conflictivas nos encontramos siempre con factores no materiales y no cuantificables, muy presentes y con una gran capacidad de influencia, que determinan muchas veces el inicio, el desarrollo o el final de un conflicto o de un proceso de paz, o todo a la vez. Me refiero a factores de naturaleza cultural, a los sentimientos, a la memoria histórica, a las emociones, a las manipulaciones, a la capacidad de perdonar y de odiar, a la facilidad con que nos dejamos persuadir y suggestionar por ideas vacías o por símbolos divisorios, y a tantas cosas que pertenecen al lado nocturno, a los elementos emocionales y analógicos del espíritu humano, y del que los hombres sabemos más bien poco. Las mujeres, por fortuna, mucho más.

⁴ GALTUNG, Johan "La desintegración social: atomía y anomía", en *Desarrollo, maldesarrollo y cooperación al desarrollo*, Seminario de Investigación para la Paz, Zaragoza, 1997, pp. 147-152. En este escrito, Galtung explica como el economicismo (la religión de nuestro tiempo) ha sido una importante fuerza que ha propulsado la historia en dirección a la desintegración social, entendida como una forma de atomización del tejido social, resultado de la des-estructuración (atomía) y la des-culturalización (anomía). Como terapia, propugna crear relaciones de amistad, de vecindad y de solidaridad en el trabajo, y reconstruir la religión, promover su inmanencia y trascendencia, para promover la cultura y revertir la desculturalización.

Parece oportuno aprovechar esa referencia de géneros o de sexos, como se prefiera, para referirnos a algo fundamental para el esclarecimiento de lo que ha sido y es la cultura de la violencia y para ver cómo enfocar la educación para la paz en el futuro: la mística de la masculinidad y el peso del patriarcado en la configuración de la cultura de la violencia⁵. Aclaremos, para empezar, que la historia de la violencia, de la guerra y de la crueldad organizada es también la historia del hombre, no de la mujer. Hay algo tan secular en el **protagonismo de la violencia por parte del arquetipo viril**, que uno tiene la tentación de acudir a la biología para descubrir las razones de esta empecinada recurrencia del género masculino hacia lo destructivo, y para utilizar la fuerza física para dañar o tener poder sobre otras personas⁶. Por fortuna, sabemos que este cáncer no es universal, y que muchos hombres lo detestan en la teoría y en la práctica. Sabemos también de mujeres que se comportan de otro modo, con lo que no vamos a dar oportunidad a la biología para que nos explique lo que sólo es comprensible desde el campo de la cultura.

Durante algunos milenios, la humanidad ha vivido bajo las normas del **patriarcado**, un sistema de dominación e imposición masculina que no sólo ha subyugado a la mitad de la población del planeta, las mujeres, sino que también ha despreciado o infravalorado unos valores que ahora reivindicamos como esenciales, y que ha permitido explotar abusivamente a la Naturaleza. Los hombres han controlado la vida desde todos los niveles posibles: las doctrinas religiosas, los mitos, las leyes, las estructuras familiares, la sexualidad y los sistemas laborales, emocionales, psicológicos y económicos, y han abusado del cuerpo de las mujeres, estableciendo con todo ello un modelo de dominación que avala otras formas de imposición sobre el resto de seres, y cuyo instrumento esencial ha sido el uso de la violencia o la amenaza de usarla. Para avalar ese orden patriarcal y su instrumento, la violencia, se han creado una serie de mitos todavía presentes en el mundo de hoy, que justifican la violencia como algo necesario para la supervivencia humana, obviando que el elemento esencial de la supervivencia de nuestra especie ha sido siempre la cooperación, y no la lucha.⁷ Pero una vez que la capacidad de matar por los hombres fue considerada más importante y necesaria que la capacidad de dar a luz de las mujeres, se puso en marcha un sistema de dominación autosostenido y autoperpetuado. De esta forma, como ha señalado Sky⁸, “los usos de la **cultura de dominación** han conocido una evolución y una mejora constantes, mientras que lo esencial de una **cultura de cooperación** (rasgos no adaptativos en el mundo patriarcal), han quedado atrofiados. Las armas, herramientas, tecnologías, símbolos, escrituras, relatos, prácticas, hábitos y leyes que incrementan el poder y la efectividad de la lite dominante han tenido mucha relevancia a nivel evolutivo y por tanto han atraído gran parte de las energías del intelecto y del esfuerzo creativo humano. La evolución humana ha ido perdiendo gradualmente el componente cooperativo para favorecer el estrictamente competitivo, base del sistema de dominación”.

⁵ Como muestra de la trascendencia dada a esta cuestión por la UNESCO, su Programa Mujer y Cultura de Paz celebró en Oslo, en septiembre de 1997, un seminario con el título de “Roles masculinos y masculinidad en la perspectiva de la cultura de paz”. Días después, la Cátedra UNESCO sobre Paz y Derechos Humanos de la Universidad Autónoma de Barcelona celebraba un seminario multidisciplinar con el título de “El sexo de la violencia: la fascinación masculina por la violencia”.

⁶ La psicobiología, no obstante, nos ayuda comprender muchos comportamientos violentos. Sabemos, por ejemplo, que los niveles de testosterona, asociados con otras variables, tiene una fuerte relación con la violencia, aunque no de causa-efecto, o que la mujer necesita condicionantes genéticos más fuertes que los hombres para manifestarse violentamente.

⁷ GENOVÉS, Santiago, *El hombre entre la guerra y la paz*, Labor, 1971, 230 p.

⁸ SKY, Michael, *Sexos en guerra*, Gaia Ediciones, Madrid, 1997, p. 56-57.

La guerra y cualquier forma de violencia organizada son fenómenos culturales, y como tales, se aprenden y se desaprenden. Dicho en otros términos, tanto la guerra como la paz son frutos culturales, son resultados de decisiones humanas y de empeños sociales. La paz, a fin de cuentas, no es otra cosa que la síntesis de la libertad, la justicia y la armonía, que son tres elementos vivos y dinámicos que no dependen de la biología. Pueden o podemos educarnos para una cosa o para la otra, por lo que el ideal de ilegitimar moralmente la violencia es un reto cultural de primera magnitud, porque estos cambios culturales son los que un día harán posible acabar con la secular estupidez de que los estados y los pueblos busquen legitimarse y dotarse de identidad a través de la guerra y del armamento, cuando ambas cosas no son más que instrumentos de muerte, y como nos decía Virginia Wolf en 1938, no podemos pasar por alto que los hombres encuentren cierta gloria, cierta agresividad y cierta satisfacción en la lucha, algo que las mujeres jamás han sentido ni gozado.⁹

Terminar con esa fascinación que el sexo masculino siente por la violencia es uno de los grandes retos que tiene, no sólo la educación para la paz, sino la misma convivencia humana, y es un factor esencial, sino el más importante, de la cultura de paz. Es difícil encontrar un conflicto armado en el que este mal no se vea reflejado de un modo u otro. Dejo al libre criterio de quién lee estas páginas imaginarse tres o veinte escenas de enfrentamiento armado o de violencia cruel; verán que en un 95% de los casos los actores son masculinos. Debemos interrogarnos porqué eso es así y cómo transformarlo. Y ya que el desarrollo de la cultura de paz depende en gran parte de los logros que consigamos en ese campo, creo que lo más apropiado es que prestemos atención a lo que piensan, dicen y hacen las mujeres, tanto en la acción social como en el campo de la teoría.

El pensamiento feminista nos recuerda que el eje y medida del orden sociosimbólico que tenemos es la guerra y la destrucción de la obra materna, porque el poder es esencialmente el poder de destruir, los valores de la guerra son proporcionales a su poder de destrucción¹⁰, y porque existe una **relación entre la invención social de la guerra y la masculinidad**. El poder y la guerra son un "continuun" del patriarcado. Se habla incluso de la "envidia del útero", para describir al deseo de algunos hombres de **apropiarse del poder de dar vida de las mujeres**, por lo que para algunos el poder de destruir la vida se convertiría en el equivalente del poder femenino de crearla. Así, mucha de la violencia ejercida contra las mujeres tiene su explicación en el miedo o terror que sienten algunos hombres a perder su identidad y posición de dominio en el sistema patriarcal, y al miedo que puedan sentir ante el poder de la mujer de dar la vida.

Las mujeres nos invitan a **inventar mediaciones creadoras** de realidad nueva, a relacionarnos con el mundo entero a través de la mediación de otras (mujeres), a partir del reconocimiento de nuestra propia experiencia personal (partir de sí),¹¹ a que nombremos el mundo en femenino, esto es, a que tengamos un sentido más femenino del mundo, lo que en términos más teóricos se llamaría "**romper con el orden simbólico patriarcal**", juntando la razón y la vida, es decir, la cultura y la naturaleza, la palabra y el cuerpo, y valorando la dimensión de la experiencia cotidiana, la afectividad y las relaciones. Uno de los medios propuestos es substituir el poder por la autoridad, que son dos cosas completamente distintas. Una autoridad, además, enraizada en un orden materno, en el reconocimiento de la autoridad de la madre, que nos ha dado la vida y la palabra.¹² En la historia, el ejercicio del poder ha equivalido al ejercicio de la violencia, porque el orden patriarcal identifica autoridad y poder, con la violencia intrínseca que eso conlleva. El ejercicio de la autoridad, en cambio, equivale al ejercicio del respeto y no está reñido con la vida, el amor o la gratitud¹³, y como veremos posteriormente, posibilita la resolución de los conflictos en la medida que implica una práctica constante de negociación y diálogo.

⁹ WOLF, Virginia, *Tres guineas*, Lumen, 1980, p. 14

¹⁰ HORVAT, Lili, "Feminisme et culture de paix", *Nouvelles Questions Feministes*, nº 11-12, invierno 1985, p. 120

¹¹ CIGARINI, Lia, *La práctica del deseo*, Icaria, 1996; RIVERA, María-Milagros, "Partir de sí", *El Viejo Topo*, nº 73, marzo 96, pp. 31-35.

¹² IRIGARAY, Luce, *El cuerpo a cuerpo con la madre*, La Sal, 1985; MURARO, Luisa, *El orden simbólico de la madre*, Horas y Horas, 1984.

¹³ RIVERA, María-Milagros, *Nombrar el mundo en femenino*, Icaria, Barcelona, 1994, 264 p.

Otra de las propuestas es la **práctica de la relación de intercambio**, que comporta el reconocimiento de la autoridad a quien atiende y sustenta mi deseo. "La autoridad -nos recuerda Rivera- es de raíz femenina y es distinta del poder porque atiende al deseo de cada ser humano de existir y de convivir en el mundo, no gestiona las parcelas de privilegio para conservar o alcanzar algo, caiga quien caiga en el camino".¹⁴ Se trata, por tanto, de substituir la práctica del "poder sobre" por el concepto de "poder de", o "empoderar", que supone capacitación, autonomía y voluntad. Y repesco aquí algo señalado por Fromm en 1970, cuando advertía de la esquizofrenia derivada de la escisión entre afecto y pensamiento, con el resultado de hostilidad y de indiferencia respecto a la vida, por lo que apelaba a la sensibilidad del ser humano, y no sólo a la inteligencia y a la lógica.¹⁵ La propuesta del feminismo de practicar la relación (con la madre, con las mujeres, con los demás seres) y de hacer de ello una práctica política, supone abandonar el principio patriarcal de intercambiar exclusivamente mediante el dinero. El nuevo tipo de relaciones humanas que nos propone conlleva una ruptura con el paradigma del Mercado-Dios, y es una invitación a relacionarnos mediante la mediación amorosa, y no de la fuerza, estando en el mundo "de una manera otra, con una palabra otra".¹⁶ La propuesta, como se puede observar, coincide plenamente con el discurso de la filosofía discursiva y con los planteamientos del pacifismo contemporáneo.

Myriam Miedzian,¹⁷ en un excelente y sugerente libro que gira alrededor de este tema, analiza con detalle cómo se ha ido formando esa fascinación masculina por la violencia, y el tremendo precio que hombres y mujeres pagamos por mantener unos **arquetipos masculinos inútiles, destructivos y primitivos**, de los que finalmente todas las personas resultamos ser víctimas. Miedzian señala como **principales valores de la mística masculina: la dureza y la represión de la sensibilidad (el miedo, el lloro, etc.), el afán de dominio, la represión de la empatía y de las preocupaciones morales, y la competitividad extrema**, que condiciona a los hombres a valorar por encima de todo la victoria y la gloria, y a encerrarse en las dicotomías de nosotros/ellos o ganar/perder. Toda esa mística conduce a la violencia, sea criminal, doméstica o política, porque de ahí se legitima la patrioterismo, el militarismo y la hombría, y muy especialmente, conduce a la aceptación y glorificación de la guerra y la violencia, porque desde la más tierna infancia se enseña a los hombres a demostrar su masculinidad a través de la violencia. Además, una de las mayores fuentes de legitimación cultural de las guerras han sido las mismas religiones, y como ha dicho Boulding, "la cultura de la guerra Santa es una cultura guerrera masculina dirigida por el dios patriarcal guerrero".¹⁸

Miedzian pone particular atención al **efecto acumulativo que tiene en los niños el hecho de estar rodeados de tanta violencia**. "En la TV o en las películas, en los combates de lucha libre, en los conciertos de heavy metal o de rap, en los juguetes o en los deportes, el mensaje generalizado es que la violencia es aceptable y divertida... Cuando los niños crecen viendo centenares de miles de horas de programas de TV y películas en las que las personas son atracadas, tiroteadas, apuñaladas, destripadas, rajadas, despellejadas o descuartizadas; cuando los niños crecen escuchando música que glorifica la violación, el suicidio, las drogas, el alcohol y el fanatismo, es bastante poco probable que se conviertan en el tipo de ciudadanos participativos, educados y responsables que nos pueden ayudar a alcanzar dichos valores y objetivos".¹⁹

Analizando el contenido violento y erótico de los videojuegos, Pérez Tornero ha señalado también que "el mercado del regalo infantil... logra imponer sus valores de aceleración, competitividad, de una agresión cada vez más cruda y e una sorda ansiedad por lograr emociones cada vez más fuertes... La mayoría de los videojuegos suelen constituir una oportunidad para que el niño o el adolescente transgreda ostentosamente - y, a veces, ridiculice- aquellos valores y reglas que los adultos intentan sostener moralizadamente en el mundo real".²⁰

¹⁴ RIVERA, María-Milagros, *El fraude de la igualdad*, Planeta, 1997, p. 57.

¹⁵ FROMM, Erich, *Sobre la desobediencia y otros ensayos*, Paidós, 1984

¹⁶ RIVERA, María-Milagros, *El fraude de la igualdad*, Planeta, 1997, pp. 131-136.

¹⁷ MIEZDIAN, Myriam, *Chicos son, hombres serán*, Edit. Horas y Horas, Madrid, 1996, 396 p.

¹⁸ BOULDING, Elise, op. cit. p. 35

¹⁹ MIEZDIAN, Myriam, op.cit. pp.349-353. En otras páginas, esta autora relata con detalle el efecto perverso de la televisión, el cine, la música, los juguetes y los videojuegos en particular, cuando conceden tanta preferencia a enseñar comportamientos patológicos sumamente agresivos.

²⁰ PÉREZ TORNERO, José Manuel, "La generación del videojuego", *El Periódico*, 8-1-97, p. 6.

¿Cómo superar esta mística, inventada para convertir a los jóvenes en soldados obedientes, dispuestos a sacrificar sus vidas para que la hombría de los líderes políticos quede intacta? Al hablar de políticas de paz, con frecuencia tenemos la mala costumbre de mirar excesivamente hacia arriba, buscando a la ONU o la mediación de las grandes potencias, o pensamos en las grandes transformaciones económicas que puedan cambiar la vida de pueblos marginados, y nos olvidamos de que la base de la práctica de la paz está también en nuestro entorno y en nuestra vida cotidiana. Permitánme que, de la mano de Elise Boulding,²¹ recuerde dos muestras claras de acción y de cultura de paz que están en nuestra vida diaria y que están en la base de la superación de la mística de la masculinidad. Una es el **nutrir**, esto es, la cultura practicada por las mujeres en la crianza y el cuidado de las criaturas y ancianos, y es el ejemplo de que la cultura de las mujeres está orientada también hacia el futuro, puesto que estas prácticas tienen en cuenta las necesidades del mañana, y el sostenimiento de la vida ha estado siempre por encima de las ideologías, de ahí que el proyecto de cultura de paz pase por **colocar la vida en el centro de la cultura**. La práctica del nutrir, como podemos comprobar, es una práctica "sostenible" desde hace siglos, y como nos recuerda Boulding, "si los hombres dedicaran más tiempo con los niños y aprendieran nuevos instrumentos de escucha y relación, se pondría en marcha un proceso que ayudaría a reducir los comportamientos violentos y equilibraría la balanza entre temas culturales de paz y agresión".

La otra experiencia se refiere a la práctica constante de la **negociación** para solucionar esos pequeños conflictos que surgen en el seno familiar, y se basan en nuestra capacidad de humanidad. La familia es, o puede ser, una auténtica universidad de gestión de conflictos si sabemos actuar con un mínimo de inteligencia y humanidad. Es ahí, y también en la escuela y en otros espacios de socialización, donde hay numerosas oportunidades para aprender a manejar los utensilios de la cultura de paz.

Efectivamente, la terapia de superación de la mística masculina pasa, en primer lugar por **moderar aquellos valores de dureza, dominio, represión y competitividad**, realzando en cambio los de la cooperación y responsabilidad social, y en **socializar a los hombres (corresponsabilizarlos) en la práctica del cuidado**, empezando por sus propios hijos, porque la participación de los padres en la crianza es un freno en el uso de la violencia, primero en ellos mismos, y después en sus hijos. Se trata en definitiva de **introducir la expresión del cariño y la ternura en la vida de los hombres, de que no repriman la empatía**, para así aumentar su responsabilidad sobre el coste humano y social de sus actos, tanto en la vida familiar como en la política. Terminar con la vinculación entre masculinidad y violencia es, por tanto, una estrategia de paz.

²¹ BOULDING, Elise, "The Concept of Peace Culture", en *Peace and Conflict Issues after the Cold War*, UNESCO, 1992, pp. 107-133

No en vano, como ha señalado el psicoanalista colombiano Luis Carlos Restrepo²², “para extender la economía guerrera a la vida familiar, afectiva, escolar y productiva, Occidente ha favorecido la disociación entre la cognición y la sensibilidad, sentándola como uno de sus axiomas filosóficos”. Así las cosas, la ternura pasaría a ser un dique para que nuestra agresividad no se convierta en violencia destructora, un facilitador para “aceptar al diferente, para aprender de él y respetar su carácter singular sin querer dominarlo”. Desde este prisma, la cultura de la violencia impide la expresión de la singularidad, porque es intolerante frente a la diferencia, por lo que Restrepo nos invita a que avancemos “hacia climas afectivos donde predomine la caricia social y donde la dependencia no esté condicionada a que el otro renuncie a su singularidad”.²³

Resulta paradójico que, a estas alturas, y aún sabiendo los efectos perversos de la mística de la masculinidad, sea tan difícil introducir cambios en estos comportamientos.²⁴ Esto es así porque **el comportamiento masculino sigue siendo la norma, y como tal no se cuestiona,**²⁵ y al ser la violencia también normativa, muchas veces tampoco se pide justificarla. La masculinidad excusa al hombre violento porque presenta su violencia como algo normal y natural, con lo que muchas veces deviene “la primera opción” a considerar. De ahí la importancia de educarlo en los valores de la acción no-violenta. Pero, citando de nuevo a Miedzian, “lo que hasta ahora se ha visto como el comportamiento normal de los hombres y, en consecuencia, el de toda la Humanidad, es el resultado de una mística de la masculinidad destructiva e históricamente superada. Puesto que la conducta masculina es la norma, la guerra y la violencia no sólo se aceptan como componentes centrales y normales de la experiencia humana sino que las convierte en eventos excitantes y heroicos”.²⁶

El empeño en construir una cultura de paz pasa, entonces, por **desacreditar todas aquellas conductas sociales que glorifican, idealizan o naturalizan el uso de la fuerza y la violencia,** o que ensalzan el desprecio y el desinterés por los demás, empezando por disminuir al máximo posible el desinterés y el abandono de los más pequeños, con objeto de que estas criaturas puedan vivir experiencias de cariño, respeto, implicación, amor, perdón y protección, y después, de mayores, puedan transmitir estas vivencias a otras personas con mayor facilidad.

²² RESTREPO, Luis Carlos, *El derecho a la ternura*, Península, 1997, p. 45

²³ *Ibid.*, p. 137

²⁴ Según un estudio de la UNICEF publicado en 1997, y que lleva por título “El progreso de las naciones”, más de 60 millones de mujeres han muerto en el mundo tras haber padecido diversas formas de violencia, todas ellas asociadas al denominador común de la discriminación sexual. Según el informe, entre un 25% y un 50% de las mujeres de todo el planeta han padecido en algún momento la agresión de su “compañero”.

²⁵ En este sentido, resulta esperanzador que documentos de la trascendencia del realizado por la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo (*Nuestra diversidad creativa*, UNESCO/Ediciones SM, 1997), ponga gran énfasis en la mujer y señale que “una cultura de la violencia contra las mujeres no puede constituir la base de una cultura de paz”.

²⁶ MIEDZIAN, Myriam, *op.cit.*, p.48

Evidentemente, además de socializar de otra forma a los hombres, este proyecto supone también **garantizar el acceso de la mujer a la educación y posibilitar su autonomía económica**, ya que esta igualdad de oportunidades es un requisito previo para lograr los cambios de actitudes y mentalidades de los que depende una cultura de paz. Como se apuntó en la Conferencia de Pekín sobre la Mujer, "las mujeres aportan a la causa de la paz entre los pueblos y las naciones experiencias, competencias y perspectivas diferentes. La función que cumplen las mujeres de dar y sustentar la vida les ha proporcionado aptitudes e ideas esenciales para unas relaciones humanas pacíficas y para el desarrollo social. Las mujeres se adhieren con menos facilidad que los hombres al mito de la eficacia de la violencia y pueden aportar una amplitud, una calidad y un equilibrio de visión nuevos con miras al esfuerzo común que supone pasar de una cultura de guerra a una cultura de paz".²⁷

Los medios de comunicación y la cultura de la violencia

Las formas de transmisión de esos valores que configuran la cultura de la violencia son múltiples, empezando por el mismo núcleo familiar, pero ninguna ha alcanzado el nivel de influencia como el que en las últimas décadas ha proporcionado la televisión, que ha multiplicado con creces el influjo que ya venían ejerciendo determinado cine y determinada música. En la perpetuación de la mística de la masculinidad vinculada a la violencia, la televisión ha popularizado y comercializado la violencia gratuita (que es presentada además como divertida), lo ruín, el enriquecimiento a costa de los demás, la fuerza física y el desprecio hacia otros seres, hasta el punto de convertir estas actitudes en valores normalizados, irremediables y a imitar, invitando a los televidentes a comportarse con la vileza que muestran continuamente las pantallas, con lo que se difuminan las fronteras entre el bien y el mal y se consideran respuestas normales o aceptables lo que en realidad son conductas sociopáticas²⁸. El consumo de violencia mediática, evidentemente, no convierte en asesinos a quienes visionan horas y horas escenas de crueldad, pero influye poderosamente en personas que por diversas circunstancias están en grupos de riesgo, y en especial si son jóvenes. En cualquier caso, no deja de ser preocupante, además de estúpido, que un niño o una niña puedan llegar a ver unas 20.000 muertes violentas en televisión a lo largo de una década, cuando su entorno natural y real apenas le mostrarán dos o tres experiencias de este tipo. Esta abrumadora presencia de muerte por violencia dificultará su percepción de la realidad, el valor de la vida y lo que significa el sufrimiento, aspecto éste normalmente no mostrado por la violencia televisiva.

De nuevo, con Miedzian, hemos de advertir que "se empuja al niño a un mundo de conflictos sin fin a los que se hace frente a base de puñetazos, espadas, pistolas y sofisticadas armas destructivas. **Al reflejar y amplificar nuestros peores aspectos, agrava significativamente estas tendencias**, especialmente en el caso de niños y niñas, ya que sus valores y actitudes están en proceso de formación... La gran mayoría de los estudios muestran que la exposición a la violencia de la TV y de las películas **no ayuda a los niños a liberarse de las tendencias antisociales y violentas**. Muy al contrario, provoca el aumento de las mismas... Puesto que la infancia occidental dedica más tiempo a ver TV que a ninguna otra actividad, es imposible comprender sus valores, actitudes y conductas -incluida la conducta violenta- sin tener en cuenta los **efectos acumulativos a largo plazo de la televisión**".²⁹ Vicente Verdú, en un pequeño artículo sobre la influencia de la TV en la formación de niños criminales, expresaba de esta forma su inquietud sobre "el gran maestro de nuestro tiempo": "Los niños matan, violan, roban, asaltan, se drogan a imagen y semejanza de las imágenes que les suministran determinados menús de la pantalla... Mientras buenos padres dedican acaso treinta minutos diarios a hablar con sus hijos, la televisión les consagra tres y cuatro horas y, ciertamente, con más atracción ante sus ojos que los consejos de papá o mamá... Podría, sin duda, la televisión mostrarles otras cosas mejores pero, de acuerdo con las leyes del mercado, no lo hace no lo hará de propia voluntad... El gran maestro de nuestro tiempo es la televisión. Y nadie, cuando recae la abyección, lo expulsa. Sigue ahí entronizado sobre las basuras de una coartada barnizada con el subterfugio de la

²⁷ UNESCO, *Declaración sobre la contribución de las mujeres a una cultura de paz*, Beijing, septiembre 1995

²⁸ ROJAS MARCOS, Luis, *Las semillas de la violencia*, Espasa Calpe, 1995, p. 103

²⁹ MIEDZIAN, Myriam, op.cit, pp.229-231

libertad de expresión. Por el mismo silogismo liberal, las drogas, las armas, la difusión del mal, la apología del terrorismo, la celebración del asesinato tendrían derecho a ser propagados. Que esta televisión inicie goce de inmunidad y descontrol es uno de los peores reflejos del desconcierto moral de nuestro tiempo".³⁰

Pero, como dijimos, la TV no actúa en solitario. Su influencia modeladora va acompañada de canciones rockeras y de mensajes procedentes de otros productos, que en ocasiones invitan a denigrar y humillar a las mujeres, se invita a los chicos a ser dominantes, a despreciar a "sus viejos", a liquidar a gente por ser diferente (es típico de muchos videojuegos) y a adoptar como héroes a cualquier cantante, artista o deportista que consiga mayores niveles de agresividad en sus palabras, movimientos o estética³¹. Todo vale en estas producciones de entretenimiento, que degradan la cultura y los sentimientos al nivel máximo de "todo a cien", e instalan a los individuos, en particular a los chicos, en un permanente infantilismo que les incapacita a enfrentarse con la adversidad, la diversidad y la responsabilidad. Verdú³² nos alerta también sobre un indicador no menor, el estético, cuando va asociado a modas y prácticas que sacralizan la violencia, lo terrorífico, el mal y la muerte.

El vacío empático producido por estos mecanismos intenta llenarse, con frecuencia y en los países industrializados, mediante un **consumismo feroz** que a su vez es resultado de una publicidad convertida en arte supremo de la modernidad y en una muestra de la pasividad y de la falta de sentido crítico. Pascal Bruckner, al analizar la paradoja de que el individuo contemporáneo quiere ser a la vez un bebé sin responsabilidades y un quejica recurrente, con lo que sólo consigue un individualismo extremadamente vulnerable, define esta lógica consumista que desarrolla en nosotros la afición por las gratificaciones inmediatas y fáciles, como "una lógica infantil que, además del vitalismo conferido a las cosas, se manifiesta bajo cuatro formas: la urgencia del placer, la habituación al don, el sueño de la impotencia, la sed de diversión"³³. Estamos, de nuevo, con una invitación a la inmadurez, una negativa a la responsabilidad, una ignorancia sobre lo que es el deber y la finitud de las cosas. Lo contrario, en definitiva, de lo que hemos convenido sean algunos de los principios en donde construir una ética global o planetaria, como el principio de reciprocidad (no hagas para los otros lo que no quisieras te hicieran a ti), el principio de responsabilidad solidaria, el principio de equidad intergeneracional (no podemos hipotecar a las futuras generaciones) y el principio de sustentabilidad. Por eso, como también señala Bruckner, "fortalecer al individuo es vincularlo y no aislarlo, es enseñarle de nuevo el sentir de la deuda, es decir, de la responsabilidad; es reinsertarlo en diversas redes, en diversas lealtades que hacen de él un fragmento de un conjunto más amplio, es abrirlo y no limitarlo a sí mismo"³⁴.

Los medios de comunicación, y en particular la televisión, podrían jugar no obstante otro papel bien diferente, y ser parte activa en la titánica tarea de crear una cultura de paz. La actual cultura de masas aparta a los ciudadanos de sus responsabilidades y de su capacidad crítica y reivindicativa, pero al mismo tiempo, las tecnologías de comunicación pueden ser muy útiles para la causa de la paz, la reconciliación y el diálogo intercultural. Los apéndices con direcciones que siguen a cada capítulo de este libro es una muestra de ello. No obstante, para que la comunicación global llegue a ser una **comunicación para el diálogo**, "es necesario repensar los problemas de la soberanía, la gobernabilidad, la economía, los derechos humanos, las responsabilidades cívicas y los sistemas de los medios, para acomodarlos en la unidad humana en diversidad"³⁵. En síntesis, los medios "deberían contribuir a neutralizar muchas corrientes culturales promotoras de violencia, como el culto al "macho" o la glorificación de la competitividad, y a borrar los estereotipos negativos y la estigmatización de grupos marginados. También pueden educar sobre las cualidades de la paternidad, informar sobre los peligros del abuso infantil, divulgar alternativas imaginativas de la fuerza bruta, promover la igualdad entre los sexos y estimular entre los jóvenes la

³⁰ VERDÚ, Vicente, "Niños criminales", *El País*, 22 de mayo de 1997

³¹ En España, los suplementos dominicales dedican la mayor parte de las entrevistas y reportajes a este tipo de gente, con mayor cantidad de páginas en función de su nivel de excentricidad.

³² VERDÚ, Vicente, "La energía del mal, el poder de lo feo", *El País*, 4-12-97, p. 28

³³ BRUCKNER, Pascal, *La tentación de la inocencia*, Anagrama, 1996, p. 59

³⁴ *Ibid.*, p. 284

³⁵ TEHRANIAN, Majid, "Global communication and international relations: changing paradigms and policies", *International Journal of Peace Studies*, vol. 2, nº 1, enero 1997, p. 62.

esperanza de realización y el incentivo de participar en causas que promuevan el sentido de humanidad".³⁶

Como vimos en el capítulo referente a la gestión de las crisis humanitarias, los medios de comunicación tienden a dramatizar y a presentar el mundo de hoy como una sucesión de desastres y violencias imposibles de entender, y sobre los que nada puede hacerse. Sin embargo, necesitamos imperiosamente no solo que los medios actúen como intérpretes educativos de esa realidad que es ciertamente compleja, sino también como actores de primera línea en la tarea de crear una cultura de "estar juntos" a nivel planetario, y de educar para una acción de justicia. Como indica Bourdieu "hay que defender las condiciones de producción necesarias para hacer progresar lo universal y al mismo tiempo **obrar para generalizar las condiciones de acceso a lo universal**, para hacer lo necesario a fin de que cada vez más gente reúna las condiciones para apropiarse de lo universal".³⁷

Educar para el conflicto

Cuando agrupamos las causas esenciales de los conflictos contemporáneos, y observamos el peso creciente de un número apreciable de factores, y no de uno solo, nos damos cuenta que a finales de este siglo, y con los medios de comunicación e información existentes, **tenemos más posibilidades que nunca de conocer y entender las raíces de los conflictos**. Pero esa oportunidad se refiere muy especialmente a las "macro-raíces" de carácter estructural, sean económicas o de otra índole, que con frecuencia tienen una dimensión supra-nacional o claramente mundial. Las soluciones, e incluso los remiendos, a los problemas estructurales mundiales no son fáciles de plantear en un mundo dominado por tantos intereses cruzados, y por las dificultades de concertar políticas que al largo plazo permitan superar determinadas incompatibilidades entre los grupos humanos. Otra dificultad añadida es la inmensa **capacidad de las técnicas de persuasión comunicativa** para hacernos creer lo que no es o no existe. Podemos hablar, incluso, de "guerras virtuales", en las que el tamaño del engaño y la desinformación impiden hacer planteamientos acertados para su resolución. En este aspecto, la educación para la paz tiene el difícil reto de **aportar informaciones fidedignas y de primera mano que permitan interpretar correctamente la realidad, mostrando la verdad**.³⁸

Según un reciente estudio del Departamento de Investigación sobre Paz y Conflictos de la Universidad de Uppsala³⁹, en los últimos ocho años se aprecia en el mundo una **disminución en cuanto al número de conflictos armados** clasificados como "mayores" (36 en 1989, 33 en 1992 y 27 en 1996). La turbulencia creada al terminar la guerra fría parece que va remitiendo, y se consolida la tendencia, ya casi una norma, de que los conflictos de hoy día sean intraestatales, esto es, **guerras civiles o conflictos de formación de estados**, y que son la expresión del fracaso en proporcionar seguridad, supervivencia, libertad, bienestar e identidad a los ciudadanos. Esta disminución del número de conflictos no tiene nada que ver, no obstante, con el número de víctimas que han causado: recuerden, sino, las terribles cifras de Ruanda, Burundi, Bosnia o Chechenia, para poner ejemplos bien cercanos. En cuanto a los motivos de fondo de estos conflictos, destacar la lucha de sectores políticos, ideológicos, étnicos o religiosos por hacerse con el poder, por no desprenderse de él o por no quererlo compartir, la resistencia a conceder autonomía a pueblos que permanecen subyugados a un poder centralista o que están repartidos entre varios estados, las utilización de viejas rivalidades étnicas que enmascaran otros conflictos, la falta de autoridad legítima, la exclusión de algunas sociedades del circuito económico mundial, la perduración de estructuras feudales, la manipulación religiosa, la ausencia de democracia, la lucha por el control de mares, tierras, islas y ríos, la ocupación de tierras, el control del petróleo y otras materias primas, el narcotráfico, el abandono y marginación de territorios, y un largo etcétera.

³⁶ ROJAS MARCOS, Luis, op.cit., p. 216

³⁷ BOURDIEU, Pierre, *Sobre la televisión*, Anagrama, 1997, pp. 95-96.

³⁸ Para contrarrestar la influencia de los medios de comunicación en el fomento de la cultura de la violencia, la UNESCO promovió, en mayo de 1997, un Encuentro de Editores y Directores de diarios de América Latina para una Cultura de Paz, en cuya declaración final (Declaración de Puebla), se comprometen a desarrollar formas de consulta, mantener un marco de transparencia informativa y condenar cualquier iniciativa que conduzca a fomentar la cultura bélica.

³⁹ SOLLENBERG, Margareta; WALLENSTEEN, Peter, "Major armed conflicts", en *SIPRI Yearbook 1997*, Oxford University Press, 1997, pp. 17-30.

Con estas referencias sobre la compleja naturaleza de los conflictos armados, parece evidente que uno de los retos de la educación para la paz no puede ser otro que el **participar en la formación de una ciudadanía dispuesta a abordar responsablemente los cambios estructurales que el mundo necesita, en lo político y en lo económico**. Este es un trabajo a muy largo plazo, de generaciones, pero que no permite mayor dilación.

Gran parte de la conflictividad contemporánea está relacionada con **problemas de gobernabilidad**, esto es, a la capacidad y habilidad de gobernar de forma eficiente y moralmente defendible, sea por la ausencia de estructuras de gestión política en países descompuestos, por la generalización de la corrupción, la ausencia de principios o prácticas democráticas, o las dificultades que presenta el encarar los procesos de globalización, sin someterse a ella. En este sentido, la UNESCO promovió, en julio de 1997, la celebración de una Cumbre Regional para el Desarrollo Político y los Principios Democráticos, en cuya declaración final (*Gobernar la globalización: El consenso de Brasilia*) se ponía de manifiesto la necesidad de "un nuevo pacto de gobernabilidad global, que debería incluir un nuevo contrato moral por la paz, un nuevo arreglo que haga equitativos los flujos económicos internacionales, controle la especulación financiera y democrática de las comunicaciones, para construir un orden de desarrollo compartido que libere a la humanidad de las ruinas sociales de la pobreza y la desigualdad". La declaración vincula el desarrollo sustentable con la reconstrucción democrática del Estado, que a su vez ha de sustentarse en la ciudadanía. Postula también la ética de la responsabilidad, predicar con el ejemplo, mediante una agenda concreta de compromisos: desterrar la corrupción política, resolver los conflictos de intereses mediante el diálogo y la negociación, detener el armamentismo, dar prioridad a la infancia y a la juventud en la solución de los problemas sociales, eliminar la impunidad de las autoridades públicas y de todos los poderes fácticos, y propiciar la capacidad de los ciudadanos para ejercer el debido control del poder.

Si algo sabemos del estudio de los conflictos es que no hay dos que sean iguales, aunque es verdad que en los últimos tiempos se está configurando una tipología de los conflictos con características comunes⁴⁰: son internos, de difícil gestión, están protagonizados por milicias y civiles armados con escasa disciplina, buscan destruir la infraestructura económica, los civiles son el objetivo y las víctimas, se producen graves crisis humanitarias y gran número de desplazados y refugiados, abundan las armas ligeras, desaparecen las instituciones estatales.... Pero a pesar de estas pinceladas comunes, cada caso tiene sus especificidades, y cada uno necesita de un tratamiento diferenciado. No hay, al menos en estos momentos, ninguna fórmula mágica que permita remediar de cuajo la enfermedad de la guerra, ni pócimas excelentes que ayuden a curar heridas menos mortales. Todo es ciertamente complejo porque el factor humano así lo determina con su comportamiento. La educación para la paz no debería olvidar esta **realidad de lo complejo y diverso**, porque a menudo tenemos la tentación de hacer formulaciones y estrategias únicas, universales, poco adaptadas a las circunstancias de cada país y de cada sociedad. Hemos de **dar una mayor amplitud a la interpretación de las cosas y a la acción para combatir los problemas**, respetando la diversidad de planteamientos que existen en diferentes lugares del planeta. Lo que en un sitio es un primer paso, en otro puede ser un salto enorme; lo que en un sitio es una simpleza, en otro puede ser una auténtica osadía. Incluso la paz es así de diversa, pluralista y polisémica, porque los pueblos la entienden también de muchas formas diferentes.

En cierta medida, la educación sobre el conflicto y para la paz es una **educación para superar positivamente las tensiones y contradicciones** que vive nuestra sociedad, que no son pocas, y que el Informe Delors sintetiza con el siguiente listado:⁴¹

⁴⁰ AGUIRRE, Mariano, "Conflictos armados de fin de siglo", *Le Monde Diplomatique*, noviembre 1995, p. 10

⁴¹ DELORS, Jacques, *Educación: Hay un tesoro escondido dentro*, UNESCO, 1996

- la tensión *entre global y local*: convertirse progresivamente en ciudadanos del mundo sin perder sus raíces
- la tensión *entre universal e individual*: el carácter único de cada ser humano, su vocación de escoger su propio futuro y realizar su pleno potencial
- la tensión *la tradición y la modernidad*: adaptarse al cambio sin girar la espalda al pasado. Asimilar el progreso científico
- la tensión *entre consideraciones a largo plazo y a corto plazo*: la opinión pública reclama respuestas rápidas y soluciones inteligentes, cuando muchos problemas requieren una estrategia de reforma paciente, concertada y negociada
- la tensión *entre la indispensable competición y el interés por la igualdad de oportunidades*. Es necesario conciliar tres fuerzas: la competición, que estimula; la cooperación, que da fuerza; y la solidaridad, que une.
- la tensión *entre la expansión extraordinaria del conocimiento y la capacidad de los seres humanos de asimilarla*
- la tensión *entre lo espiritual y lo material*: la educación tiene la noble tarea de animar a cada persona, de acuerdo con sus tradiciones y convicciones, y respetar plenamente el pluralismo, a elevar su mente y su espíritu al nivel de lo universal, y en cierta medida, trascenderse.

El problema de fondo es saber si de forma colectiva, como conjunto de sociedades, nos estamos decantando hacia buenos equilibrios globales, o si por el contrario estamos perdiendo el rumbo ante algunas de las tensiones mencionadas, y que Ralston⁴², con sumo pesimismo, ha descrito enumerando las siguientes oposiciones: humanismo frente a ideología, compensación frente a descompensación, equilibrio frente a desequilibrio, individualismo democrático frente a corporativismo, ciudadano frente a súbdito, lenguaje frente a propaganda, conciencia frente a inconsciencia.

Walzer⁴³, entre otras personas, insiste en que una ideología universal no ha de ser necesariamente incompatible con las "políticas de la diferencia", porque la sociedad humana lleva incorporada y no puede desprenderse de un dualismo: es universal porque es humana, y es particular porque es una sociedad. "Las sociedades necesariamente son particulares porque poseen miembros y memoria, esto es, miembros con memoria no sólo de sí mismos, sino de su vida en común. La humanidad, por contra, tiene miembros, pero no memoria, de modo que no posee historia ni cultura, ni costumbres, ni prácticas, ni formas de vida familiares, ni fiestas, ni comprensiones compartidas de los bienes sociales. Es humano tener tales cosas, pero no existe una única forma humana de tenerlas".⁴⁴

La **tensión entre lo particular y lo universal**, en definitiva, no parece pueda tener más resolución que a partir del pleno desarrollo de las personas, de ampliar sus capacidades y potencialidades, de garantizar su seguridad y su identidad, de posibilitar que podrán tener un proyecto de vida personal no-autómata, es decir, que lleguen a "formar una historia de vida individual y no un conjunto incoherente de acontecimientos"⁴⁵. Es a partir de ahí, y no de la carencia de todo ello, cuando surgen las posibilidades de **ampliar los círculos de fidelidad e identificación**, yendo a la búsqueda de lo universal a partir de la propia experiencia de la diferencia, que se vive en paz y se ejerce en libertad. Al fin y al cabo, el concepto de identidad no se refiere a la homogeneidad o permanencia. Al contrario, y como bien señala Pinxten⁴⁶, es el campo de tensión entre "permanecer el mismo a través del tiempo" (la "mismidad" de que hablaba Paul Ricoeur) y "cambiar en el decurso del tiempo" (la "ipseidad" o tolerancia al cambio y a la evolución) lo que constituye el significado de la identidad de una persona.

⁴² RALSTON SAUL, John, *La civilización inconsciente*, Anagrama, 1997, p. 47.

⁴³ WALZER, Michael, *Moralidad en el ámbito local e internacional*, Alianza, 1996, 136 p.

⁴⁴ Ibid., p. 41.

⁴⁵ TOURAINE, Alain, *¿Podremos vivir juntos?*, PPC, Madrid, 1997, p. 25.

⁴⁶ PINXTEN, Rik, "Identidad y conflicto", *Afers Internacionals*, nº 36, 1997, p. 41.

Educar para la paz, sin duda alguna, implica educar sobre el conflicto, que no debe ser confundido con la violencia. Como nos recuerda Galtung, "educar para la paz es enseñar a la gente a encararse de manera más creativa, menos violenta, a las situaciones de conflicto y darles los medios para hacerlo"⁴⁷. Y antes de teorizar en exceso sobre la paz, quizá nos valdría dedicar un poco más de tiempo a aprehender y comprender nuestros propios conflictos, puesto que la paz no es otra cosa que la "fase superior de los conflictos", es decir, el estadio en el que los conflictos son transformados por la personas y por las comunidades de forma positiva, creativa y no violenta⁴⁸. Para ello resulta fundamental estimular la creatividad para que al buscar soluciones a los conflictos prevalezca la comprensión mutua, la tolerancia y el desbloqueo de posiciones.⁴⁹ Necesitamos, por tanto, cambiar nuestra percepción del conflicto y la forma de acercarnos a él. "Uno de los primeros pasos es entender el potencial positivo inherente en todas las situaciones de desacuerdo. Necesitamos transformar cómo pensamos sobre los conflictos. Solemos pensar que el conflicto es siempre una interrupción del orden, una experiencia negativa, un error en las relaciones. Sin embargo, hemos de entender que el conflicto es un crecimiento de la diversidad que puede ser utilizado para clarificar las relaciones, proporcionar caminos adicionales de pensamiento y opciones para actuar de una forma no considerada previamente, y abrir posibilidades para mejorar la relación".⁵⁰ Antes de regularlo, sin embargo, hay que tener el valor de **reconocer la existencia del conflicto**, aunque su definición no será la misma por cada una de las partes implicadas. A pesar de ello, reconocer que formamos parte de una situación conflictiva es ya un paso importante, previo y necesario para abordar cualquier otro, y sobre todo para adentrarnos en el difícil camino del perdón, la reconciliación y el diálogo continuo.

Educar para la paz

En uno de los periódicos informes que la UNESCO realiza y sirven de reflexión sobre las dinámicas culturales que se producen en el mundo, más allá de las estadísticas, Jacques Delors apuntaba que "la educación tiene la misión de **capacitar** a cada uno de nosotros sin excepciones en desarrollar **todos sus talentos** al máximo y a **realizar su potencial creativo**, incluyendo la responsabilidad de sus propias vidas y el cumplimiento de los objetivos personales".⁵¹ En el informe mencionado, Delors señala que la educación ha de organizarse alrededor de cuatro aprendizajes, que serán los pilares del conocimiento a lo largo de la vida de cada individuo, y que perfectamente podrían considerarse también los cuatro ejes de la educación para la paz:

- 1) **aprender a conocer**, esto es, adquirir los instrumentos de la comprensión
- 2) **aprender a hacer**, para poder actuar sobre el entorno
- 3) **aprender a vivir juntos**, para participar y cooperar con los demás en todas las actividades humanas
- 4) **aprender a ser**, progresión esencial que participa de los tres aprendizajes anteriores

⁴⁷ GALTUNG, Johan, "La educación para la paz sólo tiene sentido si desemboca en la acción", *El Correo de la UNESCO*, febrero 1997

⁴⁸ GALTUNG, Johan *Peace by Peaceful Means*, Sage/PRIIO, 1996, 280 p.

⁴⁹ AISENSEN, Aída, *Resolución de conflictos: un enfoque psicopsicológico*, Fondo de Cultura Económica, 1994, 187 p.

⁵⁰ MOAWAD, Nazli, "An Agenda for Peace and a Culture of peace", en *From a culture of violence to a culture of peace*, UNESCO, 1996, p. 183.

⁵¹ DELORS, Jacques, *Educación: hay un tesoro escondido dentro*, UNESCO, 1996, 250 p.

Desde la educación para la paz se ha dicho siempre, y con razón, que hemos de educar para la disidencia, la indignación, la desobediencia responsable, la elección con conocimiento y la crítica, es decir, para salirnos de las propuestas de alienación cultural y política. Desde esta perspectiva, la educación para la paz "consiste en analizar este mundo en que vivimos, pasarlo por la crítica reflexiva emanada de los valores propios de una cosmovisión pacifista y lanzar a los individuos a un compromiso transformador, liberador de las personas en tanto en cuanto que, movidas por ese análisis crítico, quedan atrapadas por la fuerza de la verdad y obligados en conciencia a cooperar en la lucha por la emancipación de todos los seres humanos y de sí mismas, en primer lugar".⁵² Es más, y en palabras del Director General de la UNESCO, "tenemos la obligación moral de fomentar en nosotros y en nuestros hijos la capacidad de oponernos a que un sinfín de cosas parezcan normales, cotidianas y aceptables en el entorno, tanto natural como social... Debemos luchar contra la pereza y la tendencia al conformismo y el silencio que la sociedad fomenta".⁵³ Educar, en otras palabras, significa dotar al individuo de la autonomía suficiente para que puede razonar y decidir con toda libertad. Significa proporcionar los criterios que nos permiten defender nuestras diferencias y divergencias sin violencia, "fomentar la capacidad de apreciar el valor de la libertad y las aptitudes que permitan responder a sus retos. Ello supone que se prepare a los ciudadanos para que sepan manejar situaciones difíciles e inciertas, prepararlos para la responsabilidad individual. Esta última ha de estar ligada al reconocimiento del valor del compromiso cívico, de la asociación con los demás para resolver problemas y trabajar por una comunidad justa, pacífica y democrática",⁵⁴ porque el derecho y la necesidad de alcanzar una autorealización personal no ha de ser ni un obstáculo ni una incompatibilidad con la necesidad de formarnos como ciudadanos responsables y con conciencia pública.

Esto supone siempre, y en primera instancia, una mirada hacia nuestro interior, en darnos la posibilidad de decidir y en ejercitar el derecho de pensar lo que queremos, en imaginarnos un futuro y en practicar la política en primera persona, sin más intermediarios iniciales que nuestra propia conciencia, para después coparticipar con nuestras semejantes, reconociéndonos autoridad (que no poder) y capacidad creativa, y en asumir que estos actos pueden transformar la realidad. Pero la educación para la paz ha de ser también una educación para el encuentro de las individualidades, una educación para la conspiración, la cooperación, la cesión de confianza, un lugar donde aprender el manejo de nuestras potencialidades de transformación y en donde los proyectos culturales se conviertan en actividad política. El proyecto de cultura de paz, en definitiva, sólo alcanza sentido en la medida que sea un instrumento útil para movilizar a la gente, para su propia transformación y la de su entorno. Frente a la violencia y el terror, además, el discurso de la cultura de paz habría de ser como una batería para cargar pilas a la sociedad civil, a sus conciencias y a sus posibilidades de actuación, y siguiendo a Restrepo, para rebelarse, conquistar el alma y derrotar cultural y espiritualmente a la violencia, redefiniendo la democracia, la civilidad y la esfera de lo sacro.

⁵² RODRÍGUEZ, Martín, "Educar para la paz y la racionalidad comunicativa", en *Educando para la paz: Nuevas propuestas*, Universidad de Granada, 1994, p. 366.

⁵³ MAYOR ZARAGOZA, Federico, *La nueva página*, UNESCO/Círculo de Lectores, 1994, p. 53

⁵⁴ UNESCO, *La educación para la Paz, los Derechos Humanos y la Democracia*, Declaración de la 44ª reunión de la Conferencia Internacional de Educación (Ginebra, octubre 1994), ratificada por la Conferencia General de la UNESCO en noviembre de 1995.

"¿Que pasaría si el botín se rebelara? ¿Si descalificásemos de tajo la guerra negándole cualquier posibilidad de presentarse como causa justa? ¿Si nos declarásemos en insurgencia civil? ¿Si confrontásemos con vehemencia ética a quienes nos quieren domesticar por el terror? ¿Si levantamos con orgullo el honor civil que nos concede habernos resistido al acto de matar? La paz sólo llegará como un acto de fuerza civil, capaz de crear el espacio coactivo pero seguro para que los guerreros depongan sus armas... Si ellos están dispuestos a fraccionar y dominar el territorio con el uso de las armas, declaremos que nuestras batallas se librarán en el terreno de las conciencias... Ejercitémonos en la fuerza para imponer justicia y poder entonces abrírnos al perdón... Jamás lograrán colocarnos en la reciprocidad de su crueldad provocadora. No tomaremos clase de balística ni pediremos cotización sobre los últimos avances de la tecnología bélica. La nuestra es una fuerza desarmada.... Reinventemos el mundo. No más acicates de odio, no más torpezas compartidas. Si era necesario pagar tan alta cuota de dolor, declaremos saldada la deuda y que florezca por fin este país desgarrado una fuerza de paz, una voluntad de reconciliación, un pacto de ternura".⁵⁵

La **educación** es, sin duda alguna, un instrumento crucial de la transformación social y política. Si estamos de acuerdo en que la paz es la transformación creativa de los conflictos, y que sus palabras-clave son, entre otras, el conocimiento, la imaginación, la compasión, el diálogo, la solidaridad, la integración, la participación y la empatía, hemos de convenir que su propósito no es otro que formar una **cultura de paz**, opuesta a la cultura de la violencia, que pueda desarrollar esos valores, necesidades y potencialidades. Es a través de la educación "que podremos introducir de forma generalizada los valores, herramientas y conocimientos que forman las bases del respeto hacia la paz, los derechos humanos y la democracia, porque la educación es un importante medio para eliminar la sospecha, la ignorancia, los estereotipos, las imágenes de enemigo y, al mismo tiempo, promover los ideales de paz, tolerancia y no violencia, la apreciación mutua entre los individuos, grupos y naciones."⁵⁶

La educación es también el eje dinámico del triángulo formado por la paz, el desarrollo y la democracia, un triángulo interactivo cuyos vértices se refuerzan mutuamente⁵⁷, por lo que es igualmente "la herramienta que nos permite **trascender la condición de individuos y llegar a ser personas**, es decir, ciudadanos que aportan a la sociedad, capaces de buscar y expresar la verdad, de contribuir a que las comunidades y las naciones alcancen una vida mejor".⁵⁸

Como venimos explicando, la cultura de la violencia impregna todas las esferas de la actividad humana: la política, la religión, el arte, el deporte, la economía, la ideología, la ciencia, la educación... incluso lo simbólico, y siempre con la función de legitimar tanto la violencia directa como la estructural, y por supuesto, la guerra, buscando siempre razones y excusas para justificar el uso de la fuerza y la práctica de la destrucción, y normalmente en nombre de algo superior, ya sea un Dios o una ideología. La violencia cultural sirve también para paralizar a la gente, para infundirle el miedo, para hacerla impotente frente al mundo, para evitar que dé respuestas a las cosas que la oprimen o le producen sufrimiento. La educación para la paz, por tanto, ha de ser una **esfuerzo capaz de contrarrestar estas tendencias y de consolidar una nueva manera de ver, entender y vivir el mundo**, empezando por el propio ser y continuando con los demás, horizontalmente, formando red, dando confianza, seguridad y autoridad a las personas y a las sociedades, intercambiándose mutuamente, superando desconfianzas, ayudando a movilizarlas y a superar sus diferencias, asomándolas a la realidad del mundo para alcanzar una perspectiva global que después pueda ser compartida por el mayor número posible de personas. El reto de la educación y de la cultura de paz, por tanto, es el de dar responsabilidad a las personas para hacerlas protagonistas de su propia historia, y con instrumentos de transformación que no impliquen la destrucción u opresión ajena, y no transmitir intransigencia, odio y exclusión, puesto que ello siempre supondrá la anulación de nuestro propio proyecto

⁵⁵ RESTREPO, Luis Carlos, "Manifiesto de insurgencia civil", *Número*, nº 8, diciembre 95-febrero 96, Bogotá, pp. 51-56. El manifiesto va dirigido al pueblo colombiano, pero serviría igual al pueblo vasco o tantos otros...

⁵⁶ SYMONIDES, Janusz; SINGH, Kishore, "Constructing a culture of peace: challenges and perspectives. An introductory note", en *From a culture of violence to a culture of peace*, UNESCO, 1996, pp. 20-30.

⁵⁷ MAYOR ZARAGOZA, Federico, "Derecho Humano a la Paz, germen de un futuro posible", *Diálogo*, nº 21, junio 1997, pp. 3-4.

⁵⁸ MAYOR ZARAGOZA, Federico, *La nueva página*, UNESCO/Círculo de Lectores, 1994, p. 45

de emancipación y desarrollo.

Las propuestas de la educación para la paz, en suma, recogen un amplio conjunto de propuestas bien conocidas por la psicología y la **educación pro-social**, y que constituyen el antídoto de las conductas delincuenciales, violentas y anti-sociales:⁵⁹ afecto familiar, apoyo, autoestima, estimulación desde el entorno, motivación de logro, mayor grado de empatía y de interés por los demás, convivencia con normas, límites, patrones y valores; control de impulsos, desarrollo de la afectividad, educación en los ideales, en la apreciación de lo distinto, en la reflexión, en la utilización de la palabra como forma de resolver los problemas; aprender el sentido de aceptar las consecuencias de nuestros actos (o inhibiciones), de tomar conciencia de lo que es bueno y de lo que es inaceptable; educar en la comprensión empática, el razonamiento, la sensibilidad, la atención y la confianza, en interactuar con el entorno, a ser tolerantes, a dialogar, a ser dúctiles, a tener capacidad de autocritica, a saber perdonar, a ser creativos, a tener curiosidad por la Naturaleza, a no tener reparos en mostrar los sentimientos, a sonreír, a estar dispuestos para ayudar, a cuidar las amistades, a ser amables, altruistas y solidarios, en confiar en nosotros mismos, a razonar de forma objetiva, a admitir los problemas, el sufrimiento, las frustraciones y las limitaciones propias, a utilizar el pensamiento alternativo, a ser sinceros (con uno mismo y con los demás), a desarrollar el sentido del humor, a ser responsable, a no tener miedo a la libertad, a construir la propia identidad sin excluir a los distintos, a preguntar y a preguntarse, a no imponer el criterio propio, a buscar un equilibrio entre la exigencia de derechos y los deberes...

La resolución o transformación positiva de los conflictos pasa, inevitablemente, por **reforzar la capacidad de actuación (el llamado "empoderamiento") de quienes sufren directamente el conflicto**, esto es, por llevar la estructura de la gestión del conflicto lo más cerca del pueblo que padece sus consecuencias. Muchos conflictos desaparecerían o disminuirían en intensidad si en el momento oportuno y en sus primeras manifestaciones se hubiera promovido el diálogo intercomunitario, las organizaciones locales hubieran tenido los medios adecuados para intervenir socialmente, y se hubieran movilizado a tiempo las fuerzas espirituales, tradicionales, económicas, sociales e intelectuales del lugar.⁶⁰ En este sentido, **la cultura es también un recurso para la transformación de los conflictos**, porque "está enraizada en el conocimiento social y representa un vasto recurso y una rica semilla para producir una multitud de aproximaciones y modelos en relación con el conflicto. El conocimiento y la herencia cultural acumulada por la gente es un extraordinario recurso para desarrollar estrategias apropiadas de conflicto dentro e su propio contexto".⁶¹

Si observamos la influencia de los diferentes sectores que transmiten educación, veremos que ésta ha ido variando con el tiempo, y de forma muy acelerada en los últimos decenios, de manera que **la familia ya no es en muchos casos el factor esencial de la educación, como tampoco lo es la escuela**, porque ésta está siendo afectada por la creciente desestructuración social, que siempre genera violencia. Y si se generaliza la violencia en las aulas, en las escuelas, es "porque vivimos en una sociedad dura, agresiva y violenta. La sociedad se desvertebra y acaba siendo un conglomerado de individuos a la deriva, sin autoridades moralmente creíbles y sin referentes colectivos en los que echar el ancla y evitar el naufragio."⁶² El pánico a asumir la responsabilidad individual, el abandono afectivo y el tremendo hechizo que produce la televisión y algunas músicas, especialmente en los jóvenes, nos obliga a reflexionar sobre esta nueva realidad, y a buscar alternativas que compensen la pérdida de antiguas referencias en mucha gente, la ausencia de modelos adultos constructivos, la fragilidad de los vínculos sociales, la pérdida de referencias morales, tradiciones y valores, y el derrumbamiento de pautas culturales capaces de frenar pasiones destructivas.

Cuando analizamos los actores de los actuales procesos conflictivos de carácter destructivo, observamos con inquietud que existen paralelismos entre el comportamiento de individuos que viven en países con un nivel

⁵⁹ URAA, Javier, *Violencia. Memoria amarga*, Siglo XXI de España, 1997, 303 p. Utilizo aquí una larga serie de conceptos señalados por el autor en el capítulo 10 del libro.

⁶⁰ SAHNOUN, Mohamed, op.cit.

⁶¹ LEDERACH, John Paul, *Preparing for Peace*, Syracuse University Press, 1996, p. 120

⁶² CAIVANO, Fabricio, "Violencia en las aulas", *El Periódico*, 26 de enero de 1997

de desarrollo económico o con patrones culturales completamente diferentes. Hay algo que parece conectar a algunos jóvenes de Somalia, Bosnia, Ruanda, Burundi, el País Vasco, Palestina y Liberia, para poner unos ejemplos: son **actores que parecen entrenados y "educados" para impulsar dinámicas de enfrentamiento**, que con frecuencia han sido alimentados con muchas semillas de odio por sus propias familias, y que han vivido en situaciones sociales, políticas o económicas propicias para el conflicto, como resultado de la pobreza, la injusticia, la marginación, el autoritarismo, la frustración o la falta de oportunidades, pero también como resultado de la influencia de algunos medios de comunicación, que presentan como "radicales" y dan protagonismo mediático a quienes, fascinados por la estética de la violencia, quizá sólo "juegan a ser violentos", porque no saben como expresar una inquietud, un vacío, la incertidumbre, el sentimiento de podredumbre, la rabia o su deseo de mostrar su masculinidad, o porque algunos grupos consideran que la publicitación de sus actos a través de los medios es la única forma de conseguir un reconocimiento público de su identidad. Nuestra cultura ha impuesto el lema de que "los jóvenes, los recios y los osados deben tener su cuota de peligro de enfrentamiento de obstáculos"⁶³, pero este tipo de sentimientos y licencias son los que también alimentan el abanico de justificaciones de jóvenes terroristas. Todo ello está agravado, además, por la existencia de películas, seriales, videoclips, músicas y publicidad que en muy pocos casos les enseñan a resolver positivamente sus propios conflictos, sino más bien todo lo contrario. Como colofón, aquí y allá asistimos al desprestigio de la actividad política, merced a la corrupción de mucha gente que se dedica a esta actividad, al divorcio entre ética y política,⁶⁴ y en momentos donde se esfuman algunas referencias ideológicas de peso, y la espiritualidad, la humanidad y la búsqueda de la belleza no acaban de substituir a las piedras religiosas que se han resquebrajado.

En algunas sociedades, y particularmente en las económicamente más privilegiadas, vivimos quizá unos momentos en los que muchos seres humanos son esclavos de sus pulsiones y han perdido la capacidad de controlarlas. La "naturalización de la violencia" es una realidad en muchas democracias contemporáneas⁶⁵ que están sufriendo una auténtica ola de violencia, y en las que no sabemos exactamente qué hacer, probablemente por la multiplicidad de sus causas. En un reciente congreso celebrado en Valencia (España), con el sugerente título de "Biología y Sociología de la Violencia", se ha puesto de manifiesto por ejemplo, que el narcotráfico, la venta ilícita de armas, las grandes estafas financieras, la competitividad de la economía de mercado y el consumo abusivo de alcohol o televisión son algunos de los grandes inductores de la violencia. Es evidente, por todo ello, que la educación para la paz, además de ser una educación sobre los conflictos, ha de ser también una **educación para la comprensión de los mecanismos de dominación y sumisión**, y no sólo los estructurales, sino también los subliminales. Una educación que nos ayude a hacernos adultos y responsables, a ser libres, nosotros mismos, a superar la cultura de la queja y del victimismo, a no ser eternos bebés, a no dejarnos arrastrar por la magia del consumismo, a dar la misma entidad a las obligaciones que a los derechos, a vencer la fatalidad, a tomar riesgos.

Como es conocido, la casi totalidad de las guerras de hoy día se producen en el interior de los Estados. Pero la mayor parte de los conflictos que no llegan al nivel de guerra, también son internos. Hay pensadores, como Enzensberger⁶⁶, que hablan ya de una **cierta universalización de los conflictos civiles**, que abarcaría desde las limpiezas étnicas realizadas en Africa o la ex-Yugoslavia, hasta los ataques racistas que a diario se producen en varios países europeos o la violencia de los fanáticos del futbol, los "hooligans". Las guerras civiles de nuestros días, señala Enzensberger, estallan de forma espontánea, desde dentro. Ya no precisan de potencias extranjeras para alcanzar la escalada del conflicto. Se trata de un proceso endógeno, siempre iniciado por una minoría, que practica una violencia desligada totalmente de justificaciones ideológicas, luchando muchas veces "por nada", aplicando la ley del más fuerte, siguiendo las pautas de la mística de la masculinidad que anteriormente hemos aludido. Como ha señalado Urra⁶⁷, "es posible que la agresividad haya perdido el contexto donde ejercerse y se haya transformado en una violencia cruel y destructiva, una violencia ciega, gratuita, que nace de la convicción del escaso valor de la vida ajena, una violencia que se

⁶³ AISENSEN, Aída, *Resolución de conflictos: un enfoque psicopsicológico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, p. 27.

⁶⁴ Federico Mayor nos invita por ello a fundir la política con la ética, en lo que podríamos denominar la "pol-ética".

⁶⁵ MONGIN, Olivier, "las nuevas imágenes de la violencia", *Le Monde Diplomatique*, julio-agosto 1996, p. 37

⁶⁶ ENZENSBERGER, Hans Magnus, *Perspectivas de guerra civil*, Anagrama, 1994, 87 p.

⁶⁷ URAA, Javier, op. cit., p. 7

propaga miméticamente facilitada por los medios de comunicación”.

Sin necesidad de compartir el pesimismo de este autor, resulta evidente que hemos de hacer frente a una cierta universalización de comportamientos impregnados por la violencia y la brutalidad, y que aparecen como variantes modernas del machismo. Debemos preguntarnos, entre otras cosas, hasta qué punto eso está causado o influenciado por los medios de comunicación, tanto por los productos que ellos mismos editan, como por la forma de mostrarnos la realidad externa y por nuestra escasa educación como consumidores voraces de televisión. En muchas sociedades occidentales está incluso de moda ser cruel, despreciativo, vil y primario, y muchos jóvenes idolatran a personajes que hacen gala de su afición autodestructiva. Además, en los últimos años, y ante desgracias de la magnitud de Bosnia, Ruanda y Somalia, pero también de guerras como la del Golfo, y de un sinfín de filmes que ensalzan los comportamientos más sociopáticos, nos hemos convertido en simples espectadores del horror y de las masacres, que consideramos ya como algo usual y aceptable. Incapaces de procesar, elaborar y responder a la cantidad de información que nos ofrecen a diario, nos dedicamos simplemente a tragarla y a verla como si fuera un serial, una distracción más. Este consumo constante de la violencia no nos ayuda en absoluto a comprenderla, y menos a conjurarla, y en cambio consolida la creencia de que la violencia es el mejor método para solventar los conflictos, y al convertir la violencia y la guerra en un simple espectáculo, estos medios promueven la desmovilización social y el aislamiento de los individuos.

En el pasado, nos lamentábamos de la falta de información sobre cuestiones internacionales y respecto a los conflictos que sucedían en lugares alejados de nuestro entorno. Hoy día, el problema es ya la ingente e indigerible cantidad de información, de datos y de imágenes que están a nuestro alcance, y que no tenemos ni tiempo para ver u oír. Las noticias son tantas que se convierten en simples “flash” o anécdotas, seguidas y precedidas de informaciones banales que rivalizan para atraer nuestra atención. Como ha señalado Bruckner⁶⁸, ingerimos tales dosis de dramas cotidianos que perdemos nuestras facultades de rebelión o de discernimiento. En otras palabras, se ha impuesto una “coexistencia pacífica con el horror”.

No puedo resistir de citarles una genial definición de la violencia que, hace ya unos cuantos años, nos dio el pedagogo Bruno Bettelheim⁶⁹, al señalar que “la violencia es el comportamiento de alguien incapaz de imaginar otra solución a un problema que le atormenta”. A menos que creamos en la determinación biológica de la maldad humana, hemos de convenir que la violencia humana, ya sea aislada o en brotes epidémicos, tiene mucho que ver con esa **falta de educación y entrenamiento para manejarse en los inevitables conflictos** que todo individuo ha de tener durante su existencia, y en imaginar salidas positivas para dichos conflictos. No hay violencia gratuita si previamente no ha existido frustración, miedo, maltrato, desamor o desamparo en la persona que la protagoniza. Desde hace muchos años sabemos con certeza que **la agresión maligna no es instintiva, sino que se adquiere, se aprende**, especialmente en la infancia, y como ha señalado el psiquiatra Rojas Marcos en un reciente libro divulgativo sobre este tema⁷⁰, los valores culturales promotores de violencia, como el culto al machismo, la glorificación de la competitividad o el racismo, se transmiten de generación en generación a través del proceso de educación y socialización.

Algunos sociólogos hablan de la llamada “**ecuación de la violencia**”⁷¹, por la que el comportamiento violento, particularmente el de los hombres, sería el resultado de la suma de cuatro factores esenciales: los **mensajes sociales** que les invitan a usar medios violentos (y aquí hemos de recordar de nuevo que el patriarcado se sostiene precisamente porque condiciona a los hombres a usar medios violentos para reforzar su posición en el mundo), la **rabia interior** derivada de experiencias negativas (abandono, violencia familiar, abusos psíquicos o físicos, falta de trabajo, etc.), el **comportamiento colérico** y las frustraciones antes **expectativas que no se realizan**.

⁶⁸ BRUCKNER, Pascal, op.cit. p. 240

⁶⁹ BETTELHEIM, Bruno, *Educación y vida moderna*, Editorial Crítica, Barcelona, 1982, p.98

⁷⁰ ROJAS MARCOS, Luis, *Las semillas de la violencia*, Espasa Calpe, Madrid, 1995, 230 p.

⁷¹ HARRIS, Ian M. “The Role of Social Conditioning in Male Violence”, en Elise Boulding (compil), *Peace, Culture & Society*, Westview Press, 1991, p. 170

Cambiar estas dinámicas destructivas será, sin duda, un largo proceso. La apuesta por la vida y la felicidad también pasa inevitablemente por **reconceptualizar el desarrollo**, yendo más allá de su expresión economicista, para que sea un desarrollo humano y social, integre nuestras capacidades intelectuales, emocionales y espirituales, y satisfaga las **necesidades humanas básicas**, sean materiales o no materiales: alimentación, cobijo, afecto, amor, pautas, apoyos, perspectivas... Habrán notado que volvemos a referirnos de nuevo a algunos de los pilares del "simbólico femenino", aunque también nos referimos a aspectos esenciales de lo que debería ser el trabajo político cotidiano, en particular la lucha contra la pobreza, la marginación y las desigualdades. Lo que está claro es que no nos basta con hacer un buen acopio de normas éticas y principios de conciencia, sino que es menester que todo eso se traduzca en **cambios de conducta y en movilizaciones y creaciones culturales** del "vivir concreto y cotidiano, la cultura del pueblo"⁷², que permitan una transformación social, incluyendo por supuesto nuestro propio comportamiento como seres humanos, porque también se combate la guerra combatiendo la lacra de la violencia ejercida contra las mujeres en el hogar, eliminando la intolerancia en la vida cotidiana o desmilitarizando los libros de historia. En este sentido, es fundamental aprender a dar respuestas no violentas a los conflictos, así como averiguar nuestro grado de responsabilidad en los mismos.

⁷² VIDAL, Marciano, *Postulados de una ética de la paz*, ponencia presentada en el Simposio "Ética y cultura de paz", Madrid, diciembre de 1985

Para Gorostiaga⁷³, la alternativa al mal desarrollo generado por la globalización elitista estaría en lo que denomina "geocultura del desarrollo" emergente, una civilización que viene desde abajo y que prioriza la calidad de la vida, la sostenibilidad, la simplicidad, la equidad y la felicidad compartida. Se trataría de una revolución cultural y ética, en donde el desarrollo se convierte en una relación equitativa, participativa, sostenible y armónica entre los seres humanos y con la naturaleza. Para Gorostiaga, la nueva visión que subyace en este desarrollo alternativo es la integración de utopías parciales, múltiples y acumulativas basadas en proyectos endógenos locales y una amplia alianza de valores éticos e intereses comunes frente a las amenazas colectivas. Las propuestas básicas de esta "geocultura del desarrollo" coinciden plenamente con cuanto hemos definido como cultura de paz, y que podríamos sintetizar en estos seis puntos:

□ La **superación de la cultura de la civilización antagónica** basada en la cultura de la confrontación y la lucha. Se necesita una geocultura de la armonía y de la tolerancia que integre la diversidad de un mundo y una ciudadanía global.

□ La **predominancia de la geocultura** sobre la geopolítica y la geoeconomía. Se busca la diversidad cultural endógena, con su identidad y autonomía complementaria, capaz de crear el equilibrio y la armonía que la biodiversidad conforma en el medio ambiente. Esta geocultura busca su raíz en la profunda simplicidad y calidad de vida.

□ La **democratización del mercado y del Estado**, no aceptando como inevitable la llamada "democracia del mercado" y transformándolo en un instrumento de participación y equidad, al tiempo que se recupera el principio de subsidiariedad.

□ Reformar la capacidad y **potencialidad de los medianos y pequeños productores**, de las organizaciones locales y municipales como actores prioritarios del desarrollo.

□ La **vinculación macro-micro** en cada sociedad, lo que implica la formación del capital humano de profesionales y técnicos que respondan a los valores de los pequeños y medianos productores de la sociedad civil.

□ La **democratización del conocimiento** y su inserción al servicio de las necesidades, valores e intereses en la "globalización desde abajo". La cultura es la base para el desarrollo económico, donde la mujer y la ecología son los factores más importantes.

Estos cambios serán mucho más fáciles si antes hemos aprendido y practicado el sano ejercicio de "imaginar el futuro". En palabras de Elise Boulding, "es esencial una educación que expanda la capacidad de imaginar un mundo diferentes. La imaginación da el poder para actuar en favor del cambio social y para poner en marcha aventuras pacíficas constructivas".⁷⁴

La educación para la paz, que repito es también una educación sobre los conflictos, ha de poner mucho énfasis en algunos otros aspectos que me gustaría mencionar. El primero, básico y fundamental, es **aprender a reconocer los intereses del oponente**. Esto significa olvidarnos de una vez de la palabra "victoria", porque la victoria sólo conduce a la victoria, no a la paz. Todas las técnicas de resolución de conflictos parten de esta importante premisa que concierne exclusivamente a los actores y a su capacidad de realizar transferencias positivas, de negociar e intercambiar, de transformar voluntariamente objetivos iniciales y de **generar empatía**⁷⁵, esto es, de comprender las emociones y los sentimientos de los demás, de colocarnos en su lugar y circunstancia. Todo estos requisitos son posibles si se actúa desde la autoridad, pero no desde el poder que oprime y jerarquiza. Para lograrlo, repetimos, sería bueno avanzar un poco más

⁷³ GOROSTIAGA, Xabier, "El desarrollo geocultural", en *Desarrollo, maldesarrollo y cooperación al desarrollo*, Seminario de Investigación para la Paz-Diputación General de Aragón, 1997, pp. 167-186.

⁷⁴ BOULDING, Elise, "The Concept of Peace Culture", en *Peace and Conflict Issues after the Cold War*, UNESCO, 1992, p. 127

⁷⁵ BEJARANO, J. Antonio, *Una agenda para la paz. Aproximaciones desde la teoría de la resolución de conflictos*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1995, 268 p.

deprisa en el aumento de afecto y empatía por parte de los hombres, y en asumir plenamente que nunca habrá solución a un conflicto si en su transformación no hay una activa participación y cooperación de los protagonistas.

La segunda consideración se refiere a la urgencia de que los pueblos dominantes terminen con su arrogancia y lleven a cabo un “desarme cultural”, aceptando el hecho de la multiculturalidad y la riqueza de la diversidad humana. Como ha dicho el filósofo Raimon Pannikar⁷⁶, “hay algo inherente en la cultura occidental que nos ha llevado a esta situación de ser beligerantes y tratar a los demás como enemigos: nuestro competir, nuestra tendencia a pensar siempre en soluciones “mejores” sin considerar siquiera la posibilidad de enfrentarnos a las causas del problema para eliminarlo; nuestra sensibilidad hacia lo cuantitativo y mecánico; nuestra creatividad en el ámbito de las entidades objetivables, en prejuicio de las artes, de los oficios, de la subjetividad... nuestro descuido del mundo de los sentimientos; nuestro complejo de superioridad, de universalidad, etc.”, por lo que hay que “abandonar las trincheras en las que se ha parapetado la cultura “moderna” de origen occidental, considerando valores adquiridos y no negociables, como son el progreso, la tecnología, la ciencia, la democracia, el mercado económico mundial, amén de las organizaciones estatales”. No podemos olvidar que a lo largo de la historia algunos grupos han manipulado a su antojo los conceptos de libertad, patria, nación, etc. y otros símbolos, para favorecer despliegues irracionales de narcisismo, agresividad y soberbia que, después, han preparado el terreno para el enfrentamiento bélico.

En estos temas, la educación para la paz debería enseñarnos a perder el miedo a la diferencia del otro, a **tratar a las demás culturas en igualdad de condiciones**, vacunándonos de la tentación de imponer a los demás aquellos modelos económicos, políticos, culturales y tecnológicos que no nos conducen a la felicidad. De nuevo cito a Aisenso para señalar que “es necesario un cambio tal que lleguen a **importar más las cosas que puedan ser compartidas por muchos**, o mejor aún, por todos, al mismo tiempo que se considere la diferencia entre “las cosas mías y las tuyas”.⁷⁷ La educación, en este tema, puede jugar un papel trascendental, en la medida que puede “ayudar a comprender el mundo y a comprender al otro con objeto de conocerse mejor a sí mismo”.⁷⁸ No se trata evidentemente de instalarnos en la lógica o la práctica de la tolerancia, dado que por sí sola la tolerancia no da lugar a una relación de intercambio que reconozca la autoridad a quien es diferente o dispar. Ir más allá de la tolerancia implica comunicación, “**relación de intercambio**, dejándose dar; no de enseñanza para normalizar a quienes son diferentes o dispares, ayudándoles a olvidar lo que eran, su tesoro”.⁷⁹

Los derechos humanos y el derecho a la paz

Como hemos venido repitiendo, los derechos humanos constituyen uno de los pilares fundamentales del discurso de la cultura de paz, puesto que su respeto y cumplimiento de forma generalizada es la máxima garantía de que los valores mínimos que la humanidad decida compartir, se traducen en normas de comportamiento e instrumentos jurídicos de protección para las personas y los pueblos.

A lo largo de medio siglo, la sociedad internacional se ha dotado de importantes mecanismos de derechos humanos, que podríamos sintetizar en las tres categorías siguientes:⁸⁰

□ Los **derechos civiles y políticos** (contra el abuso de los poderes arbitrarios y las diversas formas de dictadura, para limitar las competencias del Estado, para garantizar la libertad de los ciudadanos, etc.)

□ Los **derechos sociales, económicos y culturales**. Exigen para su cumplimiento que se abandone el papel

⁷⁶ PANIKKAR, Raimón, *Paz y desarme cultural*, Sal Terrae, 1993, 302 p.

⁷⁷ AISENSEN, Aída, op. cit., p. 34.

⁷⁸ DELORS, Jacques, op.cit., p. 43

⁷⁹ RIVERA, María-Milagros, *El fraude de la igualdad*, Planeta, 1997, p. 123.

⁸⁰ URIBE VARGAS, Diego, “Fundamentos del Derecho Humano a la Paz”, *Diálogo*, nº 21, junio 97, pp. 10-13

pasivo del Estado para convertirse en guardián de las garantías mínimas que la persona requiere para ejercer a cabalidad las funciones derivadas de la condición humana. (derecho al trabajo, a la educación, a la seguridad social, al acceso a las fuentes de la cultura, etc.). El cumplimiento de estos derechos necesita de la cooperación internacional, y en ocasiones, de la ayuda humanitaria, para lograr solidaridad en sus manifestaciones diversas.

□ **Derechos de tercera generación: derechos derivados de la fraternidad, de la solidaridad, derecho a la paz, derecho al medio ambiente sano, derecho al desarrollo..**

Nos interesa aquí subrayar los esfuerzos para que el llamado "derecho a la paz" tome cuerpo en un futuro y a la vez sirva de acelerador para que el discurso sobre la cultura de paz vaya consolidándose. En este sentido, la Fundación Internacional de los Derechos Humanos viene trabajando en la elaboración de un Pacto que consagra aquella tercera generación de derechos humanos, y en el que se incluyen los siguientes aspectos:

1. Todos los seres humanos, individual o tomados colectivamente, tienen derecho a la paz.
2. El derecho a la paz implica el derecho para todo ser humano sin discriminación alguna:
 - a) de oponerse a toda guerra y, en particular, de luchar contra la humanidad, y los crímenes contra la paz, incluyendo la agresión
 - b) a demandar y obtener, dentro de las condiciones definidas por la legislación nacional, el estatuto de objetor de conciencia
 - c) de negarse a ejecutar durante el conflicto armado una orden injusta que viole las leyes de la humanidad
 - d) de luchar contra propaganda a favor de la guerra
5. Todos los seres humanos tienen derecho al desarme, a la prohibición de armas de destrucción masiva e indiscriminada, y a tomar medidas efectivas conducentes al control y la reducción de los armamentos y, en definitiva, al desarme general y completo bajo control internacional eficaz.

Avanzando en este propósito, en 1997 la UNESCO celebró en Oslo y Las Palmas unas reuniones, en donde se preparó un proyecto de **declaración del derecho del ser humano a la paz**, que fue aprobada por la Conferencia General de este organismo en noviembre del mismo año, con el siguiente articulado:

Artículo 1. La Paz como un derecho Humano.

a) Todo ser humano tiene derecho a la paz que es inherente a su dignidad de persona humana. La guerra y todo conflicto armado, la violencia en todas sus formas, sea cual sea su origen, así como la inseguridad de las personas, son intrínsecamente incompatibles con el derecho humano a la paz.

b) El derecho humano a la paz debe estar garantizado, respetado y puesto en práctica sin ninguna discriminación, tanto a nivel interno como internacional por todos los Estados y todos los miembros de la comunidad internacional.

Artículo 2. La Paz como un deber.

a) Todos los seres humanos, todos los Estados y los otros miembros de la comunidad internacional y todos los pueblos, tienen el deber de contribuir al mantenimiento y a la construcción de la paz, así como a la prevención de los conflictos armados y de la violencia bajo todas sus formas. Es de su incumbencia favorecer el desarme y oponerse por todos los medios legítimos a los actos de agresión y a las violaciones sistemáticas, masivas y flagrantes de los derechos humanos que constituyen una amenaza para la paz.

b) Las desigualdades, la exclusión y la pobreza son susceptibles de comportar la violación de la paz internacional y de la paz interna, y es deber de los Estados el promover y estimular la justicia social, tanto

en su territorio como a nivel internacional, particularmente por medio de una política apropiada tendente al desarrollo humano sostenible.

Artículo 3. La Paz por la cultura de la paz.

a) La cultura de la paz que está destinada a construir todos los días, por medio de la educación, la ciencia y la comunicación, las defensas de la paz en los espíritus de los seres humanos, debe constituir el camino que conduzca hacia la puesta en marcha global del derecho del ser humano a la paz.

b) La cultura de la paz comporta el reconocimiento, el respeto y la práctica cotidiana de un conjunto de valores éticos e ideales democráticos que están basados en la solidaridad intelectual y moral de la humanidad.

El texto de esta declaración sintetiza, como se puede comprobar, muchos de los elementos que hemos ido analizando hasta ahora: no discriminación, atención a la prevención de los conflictos y al desarme, no agresión como medio de solucionar disputas, atención a los derechos humanos, justicia social, desarrollo humano sostenible, lucha contra las desigualdades y la exclusión, y rechazo a la inseguridad y a la guerra. Aunque son aspectos recurrentes en los articulados o preámbulos de la mayoría de los instrumentos de derechos humanos, este texto tiene la ventaja de agruparlos e interrelacionarlos, además de señalar la cultura de la paz como el medio, el camino para edificar ese derecho.⁸¹

Conclusión

Para la UNESCO, "la **cultura** es el conjunto de elementos simbólicos, estéticos y significativos que forman la urdimbre de nuestra vida y le confieren unidad de sentido y propósito, de la cuna a la tumba... Se trata también del modo en que las comunidades se expresan y vinculan entre sí, como grupos que comparten preocupaciones y experiencias, que sirven a su vez para proyectar recuerdos, hallazgos e incluso traumas y temores, más allá de los límites de nuestra existencia mortal, a las generaciones venideras. La cultura es, sobre todo, **comportamiento cotidiano**, que refleja la "forma de ser" de cada cual, el resultado de sus percepciones y reflexiones, la elección íntima entre las distintas opciones que la mente elabora, la respuesta personal a las cuestiones esenciales, el fruto en cada uno del conocimiento adquirido, la huella de los impactos del contexto en que se vive."⁸²

La cultura de paz, por tanto, "es una cultura que promueve la pacificación, Una cultura que incluya estilos de vida, patrones de creencias, valores y comportamientos que favorezcan la construcción de la paz y acompañe los cambios institucionales que promuevan el bienestar, la igualdad, la administración equitativa de los recursos, la seguridad para los individuos, las familias, la identidad de los grupos o de las naciones, y sin necesidad de recurrir a la violencia".⁸³

En los albores del Siglo XXI, educar para la paz y sentar las bases para una cultura de paz significa preparar a las nuevas generaciones para **buscar un nuevo consenso fundamental sobre convicciones**

⁸¹ Estos aspectos han sido puestos igualmente de relieve en el encuentro realizado por los "defensores del pueblo" de América Latina, cuyos dos primeros puntos, y antes de referirse al ejercicio de la libertad de opinión, la plena participación de las mujeres, la eliminación del hambre, la satisfacción de las necesidades humanas básicas, la resolución no violenta de los conflictos y otros aspectos, señalan justamente lo siguiente:

1- La construcción y fortalecimiento de la cultura de paz implica el **conocimiento, respeto, protección y desarrollo de los derechos humanos**; tanto los civiles y políticos, como los derechos económicos, sociales y culturales y los de la tercera generación, sin distinción alguna.

2 - La construcción de una cultura de paz requiere una acción continua y positiva de los Estados y de los pueblos, dirigida a la **prevención de conflictos**, la eliminación de amenazas varias a la paz, el respeto por el principio de la renuncia al uso de la fuerza, la solución de conflictos y el arreglo pacífico de las controversias, la **tolerancia, el desarme** y el **desarrollo** económico y social duradero.

⁸² MAYOR ZARAGOZA, Federico, *La nueva página*, UNESCO/Círculo de Lectores, 1994, p. 111

⁸³ BOULDING, Elise, "The concept of peace culture", en *Peace and Conflict Issues after the Cold War*, UNESCO, 1992, p. 107.

humanas integradoras⁸⁴, que como ha señalado Hans Küng, incluirá una pluralidad heterogénea de proyectos vitales, comportamientos, lenguajes, formas de vida, conceptos científicos, sistemas económicos, modelos sociales y comunidades creyentes, y que infunde en la sociedad internacional unas pautas de comportamiento ético y moral, comprensión humana y empatía, con el propósito de lograr una cooperación pacífica en la mejora de la condición humana.⁸⁵ Este consenso no puede ser una norma estricta, o una imposición policial, sino un consenso ético, un diálogo entre todas las tradiciones culturales, un no-centrismo de la historia del pensamiento humano, más fácilmente obtenible cuanto mayor sea nuestra percepción de sentirnos miembros responsables del planeta, solidarios con el mundo por ser parte de él, y conscientes de que para el bien de muchos, unos pocos deberemos limitar nuestro bienestar y **aceptar la suficiencia**, porque en palabras del Director General de la UNESCO, "hoy más que ayer, sobrevivir significa compartir recursos y conocimientos, preservar la riqueza de la naturaleza y la diversidad de las culturas, aceptar a la vez la identidad y la diferencia para vivir en buena inteligencia, formar alianzas para aumentar la fuerza disponible y conseguir juntos la victoria sobre la adversidad".⁸⁶

En cierta medida, la propuesta de una cultura de paz es también una propuesta de forjar un **nuevo contrato social y ecológico a nivel planetario**, que mediante instrumentos jurídicos y políticos pueda instalar un equilibrio entre las sociedades, sobre la base de los valores del humanismo moderno, valores de solidaridad, de fraternidad, de justicia, de libertad y de desarrollo sostenible.⁸⁷ Esta es, en definitiva, la base sobre la que se fundamenta la "**Declaración sobre las Responsabilidades de las Generaciones Actuales sobre las Generaciones Futuras**", aprobada el 12 de noviembre de 1997 por la Conferencia general de la UNESCO, algunos de cuyos artículos son los siguientes:

1 - Las generaciones actuales tienen la responsabilidad de garantizar la plena salvaguardia de las necesidades y los intereses de las generaciones presentes y futuras.

3 - ... no debe atentarse de ninguna manera contra la naturaleza ni contra la forma de vida humana.

4 - Las generaciones actuales tienen la responsabilidad de dejar a las próximas generaciones un planeta que en un futuro no esté irreversiblemente deteriorado por la actividad humana. Al recibir la tierra como mirar de no comprometer la vida con modificaciones nocivas de los ecosistemas, y asegurar que el proceso científico y técnico en todos los ámbitos no provoque perjuicios a la vida de la Tierra.

5 - Antes de emprender cualquier proyecto de largo alcance, las generaciones actuales han de tener en cuenta las posibles consecuencias que pueden comportar para las generaciones futuras.

7 - Las generaciones actuales habrán de vigilar para preservar la diversidad cultural de la humanidad, respetando los derechos humanos y las libertades fundamentales.

9 - Las generaciones actuales han de vigilar para que tanto ellas como las generaciones futuras aprendan a convivir en un ambiente de paz, seguridad y respeto del derecho internacional, los derechos humanos y las libertades fundamentales.

10 - Las generaciones actuales han de dejar a las generaciones futuras las condiciones para un desarrollo socioeconómico equitativo, sostenible y universal, tanto individual como colectivo.

Así pues, y a título de recopilación, los **grandes ejes de la tarea para formar esta cultura de paz** parecen ser los siguientes:

⁸⁴ KÜNG, Hans, *Proyecto de una ética mundial*, Editorial Trotta, Madrid, 1991, 174 p.

⁸⁵ THEE, Marek, "Towards a culture of peace based on human rights", en *From a culture of violence to a culture of peace*, UNESCO, 1996, pp. 229-250.

⁸⁶ MAYOR ZARAGOZA, Federico, *La memòria del futur*, Centre UNESCO de Catalunya, 1994, p. 12

⁸⁷ PRERA, Anaisabel, "La Cultura de Paz, un nuevo contrato moral de la sociedad", *Diálogo*, nº 21, junio 1997, pp. 14-15

- recuperar valores perdidos para que los individuos sean más responsables, tanto en la esfera pública como en la privada y doméstica, en lo local y lo planetario
- desarrollar una ética global para socializarnos en la humanidad, así como nuevos elementos normativos
- mejorar, ampliar y universalizar los derechos humanos
- desacreditar y deslegitimar la guerra, la violencia y el uso de la fuerza
- potenciar el conocimiento y el diálogo entre culturas y religiones
- superar la mística de la masculinidad a través de la empatía, el afecto, la ternura y la corresponsabilidad en el cuidado de los hijos
- satisfacer las necesidades básicas y las potencialidades de desarrollo y decisión de las personas, en un modelo e desarrollo que no esté disociado de su contexto humano y cultural
- fortalecer la sociedad civil
- atender al principio de sustentabilidad y cuidar el uso de los recursos limitados
- actuar sobre las raíces e los conflictos, y no sólo sobre sus manifestaciones
- mejorar la gobernabilidad democrática y aumentar la participación de la ciudadanía
- desmilitarizar las políticas de seguridad, potenciar la prevención de los conflictos e invertir en la construcción de la paz
- priorizar las inversiones educativas sobre las militares
- una nueva mirada a los conflictos y una educación sobre la forma de regularlos y transformarlos positivamente
- una educación para la crítica y la disidencia
- unos medios de comunicación más responsables en la formación de las personas y menos transmisores de violencia

En un reciente libro, el Director General de la UNESCO, ha mencionado también la urgencia de “pasar la página de la Historia”⁸⁸, refiriéndose a la oportunidad de abandonar la lacra de la guerra y de los conflictos crueles. Las herramientas para abrir esa nueva página están en la cultura y en la educación, en nuestro quehacer diario, en el empeño humano de valorar y desarrollar su propia capacidad creadora y transformadora y en encontrar los medios políticos que sean compatibles con este fin. Todas las personas y todas las sociedades somos portadoras de potencialidades de bien y de mal, de creación y de destrucción. Nos decantamos, individual y colectivamente, más hacia un lado o hacia el otro en función de múltiples factores, que actúan al unísono, aunque con intensidad variable: las creencias religiosas, las tradiciones étnicas, nuestro nivel de pensamiento utópico, nuestra capacidad de disensión o de sometimiento, y un largo etcétera. Muchos, muchísimos de esos factores son culturales, y por tanto son transformables. Esa constatación es lo que da pleno sentido a la educación para la paz, y la convierte en la herramienta fundamental para construir un futuro en el que incluso desde el conflicto pueda surgir la belleza, el humor, el enriquecimiento y la paz.

⁸⁸ MAYOR ZARAGOZA, Federico, *La nueva página*, Ediciones UNESCO/Círculo de Lectores, 1994, 186 p.

ALGUNAS DIRECCIONES DE INTERÉS

Amnistía Internacional	www.amnesty.org
Antioch College	www.antioch.edu/~peace
Càtedra UNESCO sobre Pau i Drets Humans	www.pangea.org/unescopau
European Peace University	www.aspr.ac.at/welcome.htm
Human Rights Watch	www.hrw.org
Instituto sobre Paz y Conflictos (Granada)	www.dalila.ugr.es/~eirene
International Peace Research Association (IPRA)	www.antioch.edu/~peace/ipra
Pangea	www.pangea.org
Peace and Conflict Studies	www.trenton.edu/~psm/pcs/contents
Ressources for Peace	www.members.aol.com/rasphila/peace.html
UNESCO	www.unesco.org/cpp
University of Colorado	www.colorado.edu/conflictcsf.colorado.edu/peace
University of Minnesota (DD.HH.)	www.umn.edu/humanrts
Uppsala University	www.strix.udac.uu.se/insts/pcr/freds.html
U.S. Institute for Peace	www.usip.org